

PALABRAS DEL GANADOR A LA SEGUNDA EDICIÓN DEL *PREMIO
LIBERTADOR AL PENSAMIENTO CRÍTICO* BOLÍVAR ECHEVERRÍA

Comandante Hugo Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela; señor Francisco Sesto Novás, ministro del Poder Popular para la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela; señores representantes de los poderes públicos nacionales; señores miembros del jurado del *Premio Libertador al Pensamiento Crítico*, señor Abel Prieto, ministro de la Cultura de la República de Cuba.

Para nadie es un secreto que la América Latina ha entrado actualmente en un período muy especial de su historia, un período en que el diseño original del Estado y de la estructura institucional de sus repúblicas ha comenzado a ser sustituido por otro, por un diseño nuevo que pretende darle al Estado y a sus instituciones un sentido no sólo diferente, sino incluso contrario al que inspiraba al diseño original.

El panorama de la vida social y de las instituciones que se despliega ante nuestros ojos, después de los veinticinco años de neoliberalismo, con los que quisiéramos ver cerrado el ciclo histórico de las repúblicas oligárquicas de la América Latina, es un panorama de neo barbarie y de devastación institucional. La voracidad desesperada con que las clases oligárquicas de nuestro continente intentaron compensar su ineptitud como clases capitalistas, las llevó a exigir de las instituciones republicanas, que estaban ya de todos modos a su servicio, otros servicios más denigrantes aún, decididamente ilegítimos y corruptos.

Al usarlas como simples instrumentos de una sobreexplotación desaforada de las clases explotadas y de la naturaleza, esas clases oligárquicas abusaron de ellas y las vaciaron de su contenido, sometiéndolas a un desmantelamiento sistemático, que las ha dejado en ruinas.

El movimiento social y político que está llegando a protagonizar la historia de este nuevo siglo en América Latina no es un movimiento vandálico o antiinstitucional, como lo presentan los medios de comunicación controlados por el capital, sino, por el contrario, un movimiento que se levanta contra ese destino de destrucción y barbarización; es un movimiento de reconstrucción de la vida civilizada y de la vida política republicana con todas sus instituciones,

pero un movimiento no sólo de reconstrucción, sino también de innovación radical sobre lineamientos tendencialmente socialistas. Persigue con audacia una reconstitución de la vida republicana y, con ello, nada menos que una reinención de la democracia.

La Revolución y el Gobierno Bolivariano de Venezuela se inscriben, y de manera principal, en este movimiento de reconstrucción y reorientación de la vida política que agita en nuestros días a la América Latina.

Por esta razón, para alguien que lleva ya muchos años tratando de cultivar un discurso comprometido con la emancipación, resulta inmensamente satisfactorio ver que un libro suyo, el libro *Vuelta de siglo*, es distinguido con el Premio Libertador al Pensamiento Crítico, que otorga el Ministerio del Poder Popular para la Cultura de Venezuela, comprometido con el movimiento de renovación histórica socialista de los pueblos latinoamericanos. Insisto, es motivo para mí del mayor regocijo, de la más sincera gratitud.

Quisiera aprovechar la oportunidad que me ofrece esta ceremonia, de otorgamiento del Premio Libertador al Pensamiento Crítico, y quitarles unos minutos para subrayar la intención básica del libro *Vuelta de siglo*. Quisiera exponer brevemente lo que entiendo por pensamiento o discurso crítico, puesto que la intención del libro es la de ser un aporte al mismo; decirles las razones por las que creo en la necesidad y la actualidad del discurso crítico.

Las ideas que los seres humanos se hacen sobre sí mismos, sobre su mundo y su historia, no existen realmente sino en medio de la polémica, en la lucha de unas con otras; una lucha, además, que cada una la da, no sólo para vencer sobre las otras, sino para llegar ella misma a precisar en qué consiste su propia verdad. Se trata de una polémica que se desenvuelve en el escenario de lo que llamamos, de lo que conocemos como la opinión pública, es decir, en aquella esfera de la vida social en donde se discuten los asuntos concernientes a toda la comunidad y donde se formulan las posibles medidas políticas entre las que decidirá el poder estatal de la sociedad.

El predominio de una u otra de las que están en juego, como opciones para guiar la vida social, presente y su porvenir, depende en gran medida del efecto de persuasión, mayor o menor, que tienen sobre los ciudadanos las palabras o ideas a través de las que se expresan esas opciones políticas e históricas.

Sin embargo, no son precisamente las mejores opiniones, las ideas mejor fundadas y los argumentos más coherentes los que resultan más persuasivos; no prevalecen sobre las otras, las ideas que se demuestran capaces de vencer en la contienda racional, sino más bien las que están respaldadas desde afuera de ese campo de la opinión pública por fuerzas extra discursivas o no racionales, sobre todo por aquellas realidades económicas y sociales que los rodean y que gravitan determinantemente sobre el hombre

El funcionamiento de la sociedad moderna, que hemos conocido hasta ahora, descansa sobre una racionalidad discursiva que caracteriza tanto a los negocios mercantiles como a los procesos técnicos de la producción. Es una sociedad que quisiera ver trasladada esta primacía de lo racional a la esfera de los asuntos sociales y políticos, y que cuenta por ello con que también, dentro de esta esfera, el poder de las palabras o las ideas racionales es superior al poder de las cosas, es decir, al poder de las acciones impulsivas, irreflexivas, en bruto, o inducidas por intereses inmediatos o pragmáticos. Se trata, sin embargo, como lo demuestra la historia y lo comprobamos en nuestros días, de una suposición completamente ilusoria.

En la modernidad capitalista, como en toda la larga historia de las sociedades de mercado, la fuerza de las cosas, del automatismo pragmático que las mueve, sigue imponiéndose inexorablemente en la vida de las decisiones históricas por encima de la voluntad racional del ser humano.

Nombrado en términos actuales, este poder de las cosas no es otro que el poder del capital, el dinero en proceso de acumularse o auto valorizarse. El poder del capital es una realidad, en principio, ajena al escenario de la opinión pública racional, exterior a la esfera del discurso, apartada del campo en donde las ideas miden entre sí sus perspectivas verdaderas; sin embargo, es una realidad que penetra en ese escenario, se introduce en él y lo altera decisivamente. Una realidad no discursiva, que para hacerse presente en el escenario de la opinión pública se traduce a sí misma a términos discursivos, adoptando la forma de ciertas ideas que resultan especialmente funcionales por su voluntad de imponerse.

El escenario o la esfera de la opinión pública es de suma importancia para el capital, sin que se pueda decir por ello que es indispensable para que logre imponer su voluntad, como lo demostró en la primera mitad del siglo XX

al valerse, para el efecto, de los Estados totalitarios, que prescindieron de ella. Sirviéndose de la opinión pública, deformándola, pero respetando formalmente la libertad de expresión —que para ella es vital, indispensable—, el capital puede abandonar el balbuceo incoherente e irracional al que estaría condenado, y que sería la expresión propia y espontánea de sus impulsos ciegos de una acumulación, por la acumulación misma.

Dando una articulación humana a esos impulsos inarticulados, el capital está en condiciones de convertir la voracidad de los mismos en un proyecto aparentemente articulado y racional. Esta aparente racionalidad discursiva con la que se presenta la voluntad irracional del capital, no es en realidad otra cosa que el reflejo que en ella tiene la racionalidad propia de la esfera de la opinión pública, reflejo que ella sabe aprovechar.

Se trata por lo demás de una apariencia de discurso, cuya autoría se disputan las distintas fracciones del partido de la clase explotadora. En efecto, cada una de estas fracciones mantiene una cerrada competencia con las otras por convertirse en la portavoz autorizada de la voluntad del capital, por ver cuál de todas puede delinear y componer de la mejor manera esa apariencia de discurso de la que ella necesita dotarse. La esfera de la opinión pública es importante para el capital, porque sirviéndose de ella puede tergiversar la resistencia de los trabajadores frente al modo de producción capitalista, llevándolos a convencerse de que todo lo que en realidad viene de una dictadura de las cosas, de una dictadura suya, es el resultado de una voluntad de ellos mismos, que se habría consensuado en una polémica discursiva, racional o humana.

Gracias a que esa esfera existe ya que puede ser deformada, las masas no necesitan que se las obligue o se las cautive para apoyar el orden imperante, pueden actuar convencidas de que lo que hacen por imposición, lo hacen en verdad por voluntad propia.

Es la fuerza irracional de las cosas capitalistas travestidas como discurso racional y no la fuerza de la razón humana, la que decide el resultado de la lucha de las ideas en la esfera de la opinión pública moderna, con todo y su pretensión de ser un mecanismo racional.

Las ideas que se enfrentan entre sí, dentro de la opinión pública, tienden a agruparse o partidizarse, obedeciendo a sus afinidades, y lo hacen

generalmente en referencia a dos núcleos contrapuestos de ciudadanos. Allí, el partido de quienes están interesados en que el modo de vida establecido permanezca esencialmente como está; acá, el partido de quienes buscan que ese modo de vida se sustituya por otro, probablemente mejor. Si se considera lo que subyace en esta bipartición de la ciudadanía en nuestros tiempos modernos, se observa que en última instancia aquello cuya permanencia defienden los ciudadanos del bando del continuismo es el modo capitalista de la vida económica. Defienden un modo de vida que por su propia naturaleza consagra el automatismo y el despotismo en la vida social, pues prescinde de la voluntad política humana ante los asuntos más esenciales de la comunidad y acepta la imposición de decisiones anónimas, sobrehumanas o extra políticas, en sustitución de esa voluntad humana.

En el otro extremo, la meta propuesta por los ciudadanos de la posición anticontinuista o revolucionaria, es el cambio radical de este modo de vida por otro alternativo. Son ciudadanos que afirman que es posible una vida humana libre y democrática, llámese socialista o comunista, es decir, una vida emancipada de ese destino que tendría el género humano, condenado para siempre a la impotencia política y a la desgracia social.

Ahora bien, cuando hablamos del discurso crítico nos referimos a un discurso que es propio de esa tendencia ciudadana revolucionaria, discurso que en la modernidad capitalista es en definitiva el discurso de los seres humanos denigrados y explotados a través de lo que Marx llamaba la esclavitud salarial. Es este discurso de los rebajados y explotados, que resisten y se rebelan contra la dictadura del capital, el que no puede existir de otra manera que como un discurso de carácter crítico.

La necesidad de esta característica se basa en el hecho real de que se trata de un discurso que no puede decirse o exponerse de manera directa y natural en el escenario de la opinión pública, sino que para hacerlo, y mientras lo hace, está obligado a atravesar la densa capa de dominio que está echada sobre él por el discurso de las clases explotadoras. Sus afirmaciones sólo pueden expresarse si esta expresión suya tiene lugar bajo el modo de una refutación incesante y sistemática del discurso que prevalece gracias a su servicio espontáneo al capital. A esto hay que añadir que la puesta en práctica de este carácter crítico del discurso de los humillados y explotados presenta

una peculiaridad: para ser efectiva necesita cumplirse o realizarse de una manera doble, en dos niveles de actividad o empleando dos estrategias distintas. Su realización debe ser doble en razón de que también es doble el modo en que el poder representado por las clases dominantes se entromete en la esfera de la opinión pública e interfiere en la polémica entre ideas. Es de dos modos en efecto y a través de dos niveles de intervención —cuya diferencia es muy importante reconocer y distinguir—, que el poder de la sociedad capitalista gravita sobre el mundo del discurso y lo deforma en bien del dominio ideológico de los ciudadanos comprometidos con el capital.

Lo hace primero en el terreno de la producción y consumo de las palabras que se dicen y las imágenes que se pintan en el nivel del habla efectiva, del uso de la lengua; en el nivel del empleo que se les da a los instrumentos técnicos de los que dispone la sociedad para la comunicación entre sus miembros. Se trata de la intervención más evidente y descarada de ese poder en la vida de las ideas, sean ideas en palabras o ideas en imágenes. Se trata del secuestro oligárquico del recinto de la opinión pública, de una ocupación violenta y discriminatoria del lugar y el momento que los ciudadanos tienen para expresarse, escuchar y discutir las expresiones de todos. Se trata de la apropiación privada y el control monopólico, éste sí verdaderamente totalitario, de los medios públicos de comunicación. Es el mini bombardeo sistemático y omnipresente, lo mismo supra liminal que subliminal, que se cierne sobre las mentes del público lector, del auditorio radial, del espectador televisivo y del usuario de la red cibernética, apabullándolas con mensajes ideológicos encomiosos de las virtudes de la blanquitud y las bondades del modo de vida capitalista. Un monopolio sin tapujos de la oligarquía capitalista sobre los *mass media* de la sociedad, que no sólo es aceptado sino defendido fanáticamente por una base clientelar, creada ex profeso y promovida y cultivada demagógicamente por los concesionarios mayores de los mismos; clientela o familia de extirpe consumista, que es llevada a identificarse mediante un lenguaje y una gestualidad peculiares, en torno a un conjunto de modas y preferencias, y que se reproduce cultivando la afición y empatía con una pintoresca constelación de mitos, estrellas e íconos, sean del espectáculo, de diversión, del deporte, de la telenovela, de la política o del periodismo.

Como es evidente, el discurso crítico requiere de una estrategia de

exposición que tome en cuenta y se enfrente de manera adecuada a este primer modo de dominio de las ideas de la clase explotadora en nuestra época. Puede elegir insertarse en las producciones de los *mass media* para invertir desde adentro y esporádicamente, como una guerrilla discursiva, el sentido que estos medios de comunicación imponen a sus productos, haciendo de ellos vehículos de auto apología del poder capitalista.

Pero puede igualmente aprovechar las zonas marginales de esos *mass media* —despreciadas por el monopolio o inasequibles para él—, para desde ellas, desde la periferia, participar con sus verdades en la dinámica general de la opinión pública.

Sin embargo, y por extraño que parezca, este modo descarado, el secuestro monopólico de los *mass media*, no es el modo más decisivo en que tiene lugar la intervención e interferencia del poder del capital cuando altera el escenario de la opinión pública en favor del discurso o las ideas de la clase social que lo representa. Por debajo de este escenario de las ideas formuladas, del discurso pronunciado, del habla efectiva, esa intervención e interferencia tiene lugar en un nivel más profundo, que es el de la lengua misma, o el código que el habla humana emplea para realizarse. Sucede en el nivel de los medios de producción y las técnicas con los que trabajamos, es decir con los que imprimimos formas a los objetos y con los que formulamos las ideas. Se lleva a cabo mediante un sutil mensaje en ciernes, o protomensaje no expresado, que se encuentra implícito, diluido e incorporado en el funcionamiento mismo de los medios de producción y de los medios del discurso; protomensaje difuso que hace una permanente apología de lo establecido, que canta sin cesar loas al capital, y que impregna o contagia este sentido pro capitalista a todos los objetos y a todas las palabras que salen de esos medios de producción y discurso. Es como si hubiera alguien o algo que entrara en acción junto con el movimiento de nuestras propias manos, deformando la forma de lo que hacemos, alguien o algo que hablara con nuestro propio aliento, torciendo el sentido de lo que decimos.

Como es comprensible, lo que vuelve especialmente difícil el ejercicio o la práctica del discurso crítico es, precisamente, este segundo modo, el modo más radical de la intervención del capital, perturbando la esfera de la opinión pública.

En efecto, el discurso crítico tiene en este caso que enfrentar no sólo a un mensaje susceptible de localizar, de identificar; no sólo debe escapar de los mecanismos de esa intervención y revertir los efectos que ella tiene en la persuasión de las masas. Se trata ahora de enfrentar discursivamente a un enemigo que no requiere cristalizar en ninguna forma discursiva distinguible, que no necesita mostrarse en corpus alguno reconocible, y por ello atacable de ideologemas pro capitalistas. El discurso crítico tiene que enfrentar a un enemigo inasible que se encuentra infiltrado en las mismas armas con las que él pretende atacarlo, en la lengua con la que formula sus ideas, en el repertorio conceptual que está a su disposición, en el aparato categorial del que se sirve en sus argumentaciones.

En mi opinión, la mejor estrategia que puede tomar el discurso crítico para enfrentar este modo radical del dominio ideológico capitalista sigue siendo, todavía, aquella que se puso a prueba con Carlos Marx en su crítica de la economía política —en esa exposición suya de la ciencia de la economía política—, que es simultáneamente una deconstrucción de la misma.

Se trata de una manera de criticar que prefigura el modelo de comportamiento de los revolucionarios modernos cuando, como sucedió en los primeros años de la Revolución de Octubre, pueden realizar libremente la meta que persiguen, es decir, la sustitución del modo capitalista de producción y de vida, por un modo diferente que le permite al sujeto de la vida social revertir su enajenación y reconquistar su autarquía.

Si observamos el comportamiento de los revolucionarios modernos apoderándose de los medios de producción, como el de los sóviet de aquella revolución, podemos reconocer que no se caracteriza sólo por emplear esos medios de una manera diferente, dirigiéndolos a alcanzar el bienestar humano y no la ganancia de los capitalistas; más allá de eso, lo que hace es refuncionalizar esos medios de producción con el fin de invertir el sentido pro capitalista que ellos traen inscrito en la propia estructura de su composición instrumental; lo que hace es liberar a la técnica de la imposición de ese particular diseño que la mantiene obligada a ser una técnica para la explotación de los trabajadores.

El discurso propuesto por Marx se comporta de manera similar, reacondiciona el código o la lengua marcada por la civilización capitalista,

invierte el sentido del buen sentido, o del pensar espontáneo en la modernidad capitalista, refuncionaliza ese uso de la lengua, esa elección de conceptos, ese aparato categorial de la ciencia, que ya al describir el mundo social e histórico introduce subrepticamente su interpretación pro capitalista de los mismos.

Al ejercerse como tal refuncionalización de los medios de producción discursiva, el discurso crítico contrarresta liberadoramente los efectos de la intervención del capital en la esfera de la opinión pública, emancipa la esencia de ésta, que consiste en la polémica puramente discursiva, en la lucha entre ideas. Su práctica lo conecta así íntimamente con el movimiento social y político, que tiende a liberar al proceso productivo y a su técnica de la subordinación a la acumulación del capital, en la que se encuentra dentro de la modernidad establecida.

El blanco último de la crítica del discurso crítico es siempre el modo capitalista de producción y de vida, al criticarlo lo trata como lo que es, la figura culminante de una historia de larga duración, la historia de una civilización que se ha basado en la necesidad de que una parte del cuerpo social se sacrifique en bien de la otra. Se trata en este sentido de un discurso radical, es la expresión de un proyecto de transformación histórica que percibe que aquello que está actualmente en la orden del día, en este momento de inflexión que coincide con el cambio de siglo, es una realidad en la que se juegan asuntos de un alcance mucho más decisivo que el que puede abarcar la política en la modernidad capitalista; reducida por ésta a una mera política económica, asuntos que tienen que ver con los fundamentos mismos de la vida civilizada, con los rasgos básicos de la relación de lo humano con lo natural y de lo humano consigo mismo.

El discurso crítico que he tratado de describir en esta exposición, no sólo no ha perdido la actualidad que alguna vez tuvo, sino que en nuestros días se ha vuelto más actual que nunca. En efecto, el valor del dinero capital en su proceso de acumulación o auto valorización cumple en la modernidad capitalista la misma función que tenía el Dios cristiano en épocas premodernas, es la fuerza sobrehumana, todopoderosa, que dirige incuestionable e inescrutablemente, aunque sea hacia la catástrofe, el destino de los seres humanos.

El dogma de fe de la religión moderna, practicada hoy en día por todos

los ciudadanos obedientes en las naciones que compiten entre sí por mantenerse en el primer mundo o por arribar a él, afirma que no hay ni puede haber modernidad ni civilización sin el capitalismo, que no hay posibilidad de producir los bienes, de reproducir la riqueza social, si no es del modo o de la manera capitalista. Ante la vigencia restaurada y fundamentalista de esta religión secular, de esta fe en el capital, el discurso crítico tiene, sin duda, una tarea inmensa que cumplir.

Íntimamente conectado con el movimiento de liberación social y política en marcha, el discurso crítico puede, sin embargo, a los ojos de éste, parecer muchas veces exagerado en su escepticismo, maniático en su descontento, y hasta puede, en ocasiones, resultar inoportuno, odiosamente aguafiestas. Ello se debe a que se trata de un discurso que persiste en ejercerse como tal, incluso en medio de procesos que él mismo acepta como realizaciones de proyectos de emancipación. El discurso crítico no puede pasar por alto las sutiles recurrencias de lo viejo, es decir, lo capitalista, incluso dentro de lo nuevo o anticapitalista; no puede más que ser implacable con los desfallecimientos que le sobrevienen a lo nuevo, y que lo tientan a detenerse y a contemporizar con lo viejo, dándole la oportunidad de reproducirse. Y es que el discurso crítico, que no es otra cosa que la expresión de la voluntad de cambio de los humillados y explotados, no puede perder de vista el grado de radicalidad que ha alcanzado la humillación y la explotación en este momento crepuscular de la historia moderna capitalista; hecho que implica que la meta de la justicia social perseguida por los movimientos actuales de emancipación sólo pueden alcanzarse si la Revolución social se radicaliza ella también, entendiéndose a sí misma como una transformación de alcance civilizatorio; sólo si los revolucionarios se convencen de que no es suficiente con buscar la generalización de esa misma forma de bienestar que se ha explorado en la vida cotidiana de la modernidad capitalista, sino que es necesario avanzar hacia la generalización de una forma de bienestar todavía inédita que está por inventarse, y que tendrá que inventarse sobre la marcha misma del proceso de emancipación. Muchas gracias.